



SU CAVERNA

Por: Julián Añoover Lozano 1ºESO A

SU CAVERNA

Cada vez que miraba la ciudad, las flores del jardín parecían marchitarse a mi alrededor como si de un frío invierno se tratase. Nunca salía de casa o al menos del jardín vallado que había alrededor de la mansión.

A menudo, subía de noche al tejado para contemplar las estrellas, barcos en un inmenso mar. Pero pensaba que se debían haber quedado sin combustible ya que, aparentemente, carecían de movimiento.

Realmente, estoy bastante sólo. No me importa, porque veo mi morada como un fortín en el que me refugio de una tormenta incesante que azota las ruinas existentes de mi mente. Quizá esté tan sólo porque hago razonamientos que pueden parecer absurdos ante algunos ojos; creo que la industria produce en cadena para consumir en cadena. Opino libre como el viento, incesante como la nieve que cae sobre el nogal que nunca muere y renace cada primavera.

Tengo un diseño, la sociedad se presenta tal y como la describió Platón en su "*Alegoría de la Caverna*"; el conocimiento no es inalcanzable, sin embargo, es más cómodo permanecer junto a *Hipnos*¹ y escapar de la realidad.

Me pregunto: ¿estoy loco? La duda me inquieta, pero si la cordura significa seguir al rebaño, y si la lucidez es sinónimo de ser manipulado, mejor me quedo en mi paranoia.

Mi casa es enorme, al menos para una única persona. No posee ninguno de esos extravagantes trastos que hacen del hogar una iglesia barroca; sin embargo, el jardín desprende vida. Su aroma hace que el mayor sibarita perezca de gozo. Y su color deja en evidencia al mejor cuadro de Kandinsky.

¹ Hipnos: personificación mitológica en el mundo griego del sueño

Entonces, un día cualquiera, sucedió. Me había levantado de mi cama y contemplaba la lluvia cayendo contra el cristal de la enorme ventana. La verja del jardín emitía un perturbador ruido incesante que martilleaba mi cabeza como si fuese víctima de un pájaro carpintero.

No necesité un espejo para contemplar cómo mi cara cambiaba de color al ver a un extraño ser que se introducía furtivamente en el jardín y avanzaba hacia mí, paso a paso, sin prisa. Sentí que mi hora llegaba pero saqué fuerzas para buscar una linterna e iluminar a mi verdugo.

Para mi sorpresa, se trataba de una anciana mujer. Su largo y graso cabello le tapaba la mitad de su envejecido rostro. Sus ojos eran como afilados trozos de vidrio. Deduje que era muy alta, ya que los arbustos que se encontraban junto a la puerta parecían pequeños a su lado. Me apuntó con uno de sus huesudos dedos y se dio la vuelta. En ese momento, el loco instinto de curiosidad me llevó a abrir las ventanas y salir detrás de ella. Abrí con decisión los cristales y únicamente sentí el deseo de correr.

Tenía la cara empapada y el barro empezaba a acumularse en mis desnudos pies, ¡no llevaba zapatillas! A pesar de ello, seguí avanzando. Creí que corría hacia la muerte; lo que no sabía es que se trataba de mi propia salvación.

En ese instante grité:

- ¿Quién eres?

- La respuesta ya la conoces, -me respondió con una voz desgarrada pero a la vez muy tierna-.

Y pensé, luego razoné y, por último, comprendí; que si la gente no me necesita yo no les necesito a ellos. Que si miran, me dará igual ya qué miran, miraron y mirarán.

Quien lea estas líneas y haya llegado hasta aquí debe saber que quizá esté muerto o que, a lo mejor, luche por cambiar el curso de los acontecimientos. Pero existe la esperanza, por eso, si meditas, seguro que me encuentras.

¿Nos vemos en el purgatorio o nos encontramos en vida?

Fmdo:

El aliento del amanecer